

tro de interés para las grandes empresas azucareras. Durante la década de los sesenta aporta entre el 45 y el 55% de la producción nacional de remolacha (Vid. cuadro 58), cifras expresivas de la gran importancia de un cultivo que, desde ahora, será clave en la agricultura del Duero y del que dependerá, en buena medida, el abastecimiento nacional de azúcar.

3. LA DEFINITIVA CONSOLIDACION DEL DUERO COMO LA ZONA REMOLACHERA MAS IMPORTANTE DEL PAIS

A partir de los años sesenta el Duero se convierte en la zona remolachera por excelencia. Las empresas azucareras sabían que se trataba de una región con unas condiciones ecológicas óptimas para el desarrollo, riqueza y calidad industrial de la remolacha. Sabían también que era un cultivo rancio en la región y que existía un “saber hacer” por parte de los cultivadores, pero además, y esto es realmente importante, la expansión del regadío estaba adquiriendo unas proporciones considerables. En conjunto, las zonas remolacheras 1.^a, 2.^a y 10.^a se presentaban como un espacio remolachero bastante homogéneo, con una raíz de alto contenido sacárico en relación con el resto del país, y el cultivo tenía escasas posibilidades de sustitución. Tan sólo los cereales, la patata y la alfalfa se podían considerar como “competidores” globales de la remolacha, aunque en realidad se adaptaban a su sistema de rotación; a lo sumo, en algunas comarcas se podían encontrar alternativas en las judías, maíz y poco más.

Estos hechos suponían un aliciente nada desdeñable para las industrias, porque en situaciones de crisis de rentabilidad para la raíz, los cultivadores iban a tener que contenerse y seguir produciendo, aunque fuera con menores márgenes de beneficios, y por ello, al contrario de lo que sucedía en el Ebro o en el Sur, a garantizar los abastecimientos y a permitir también a la industria seguir manteniendo un elevado nivel de aprovechamiento de su capacidad instalada. Por ello, las

empresas azucareras tenían en la zona Duero su baza más segura para el abastecimiento de una materia prima de gran calidad técnica, aun en condiciones adversas. Su ampliación en el Duero era, por tanto, una opción estratégica, máxime, cuando las previsiones para la ampliación del regadío en los años sesenta eran realmente importantes.

a) El gran incremento del terrazgo regado desde los años sesenta

Existe una evidente relación entre expansión del regadío y aumento de la superficie remolachera en el Duero, y es a partir de los sesenta cuando cobra su máxima significación. Centrándonos en la transformación del terrazgo regado (del aspecto cultural nos ocuparemos más adelante), es en estos momentos, y hasta la actualidad, cuando se puede constatar el afianzamiento del regadío; un hecho que ha sido ampliamente desarrollado y estudiado en diferentes obras que nos servirán de base para los comentarios posteriores³⁰.

Un primer aspecto que hay que tener presente para constatar este fenómeno es que entre 1960 y 1980 la superficie regada ha avanzado más que en todo lo que va de siglo. Así, si en 1963 llegaba a 213.200 ha³¹, en 1971 totalizaba 313.500 ha³²; de la misma forma y a comienzos de los ochenta, en el Plan Hidrológico Nacional/Avance 80 se daba para la región una cifra de 467.630 ha efectivamente regadas, aunque la realidad

³⁰ En este sentido nos centraremos fundamentalmente en las obras que sobre esta cuestión han realizado F. MOLINERO HERNANDO: *El regadío. ¿una alternativa a la agricultura castellano-leonesa?*; J. GARCIA FERNANDEZ: "La configuración del regadío en las llanuras de Castilla"; CABO ALONSO, A.: "Transformación en regadío y evolución de la explotación agraria de tipo familiar: el ejemplo de la Cuenca del Duero".

³¹ Según el Censo Agrario de 1962, la cifra de regadío apuntada queda sustancialmente alterada, pues para las provincias de la cuenca del Duero cuantifica un total de 200.000 ha regadas permanentemente y 113.000 de manera eventual.

³² Cf. MOLINERO HERNANDO, F.: *El regadío. ¿Una alternativa a la agricultura castellano-leonesa?*, Ed. Ambito, Valladolid, 1982, pág.17.

mostraba que el agricultor regaba más de 620.000 ha³³. La superficie regada desde los años sesenta se había triplicado.

Una evolución espectacular debida a la acción conjunta de la iniciativa oficial y del impulso privado. La primera, a través de los planes hidráulicos realizados de consuno entre los Ministerios de Obras Públicas —a través de la Dirección General de Obras Hidráulicas y la Confederación Hidrográfica del Duero— que se encargaba de las infraestructuras de base (pantanos y canales principales) y del Ministerio de Agricultura (a través del INC primero y a partir de 1971 del IRYDA) que se encargaba de toda la red de acequias secundarias así como de los acondicionamientos de terrenos y asesoramiento técnico para la transformación efectiva. La segunda, mediante el estímulo que el propio agricultor encuentra en la mayor rentabilidad económica del regadío. Ambas iniciativas tendrán un valor desigual en el tiempo, en el espacio y, sobre todo, en la cuantía de lo transformado.

1.º El fuerte impulso oficial al regadío de la cuenca del Duero en los años sesenta

La iniciativa oficial tuvo su máxima expresión durante los años sesenta, en los que, bajo las directrices del I Plan de Desarrollo, se retoman e impulsan las obras proyectadas y no ejecutadas desde los años treinta. El Plan proyectaba para la Cuenca la transformación de más de 266.000 ha, de las que 227.000 eran de nueva creación; a ellas se añadían las incluidas en el Programa de Desarrollo Económico y Social de Tierra de Campos, aprobado en septiembre de 1965, que pretendía, como uno de los pilares de promoción de esta amplia comarca, la transformación de 203.000 ha distribuidas en los sistemas Carrión-Pisuerga, Esla-Cea-Valderaduey, Tera y Esla-Campos. Unas cifras sin duda elevadas a juzgar por los resultados alcanzados. El hecho de que de este último Plan tan sólo se realizase la transformación de apenas 50.000 ha, de las que únicamente una pequeña parte fueron efectivamente

³³ Cf. Id., *Ibid.*, pág.37.

regadas³⁴, pone de manifiesto que las pretensiones oficiales quedaron finalmente muy reducidas. El Plan de Tierra de Campos fue incapaz de satisfacer las expectativas creadas y, como han señalado algunos autores³⁵, la inadecuación de las explotaciones y su orientación tradicional hacia el secano, unos condicionantes ecológicos poco propicios para el regadío, la acusada emigración de la población durante estas fechas y los progresivos recortes presupuestarios, entre otros factores, determinaron, por una parte, la falta de concreción de lo proyectado, y por otra, que lo que realmente se transformó fuera escasamente aprovechado por los beneficiarios, que no alcanzaron a valorarlo en la medida en que lo habían hecho sus vecinos del Páramo o de las riberas leonesas.

No obstante, no podemos considerar baladí la acción oficial durante los años sesenta, cuando se fueron concretando buena parte de las transformaciones proyectadas años atrás —quizá la más espectacular fue la de los canales procedentes del embalse de Barrios de Luna, que llevaron el riego al Páramo leonés, sobre todo al sector occidental—, y, desde 1965, finalizándose los embalses de Villagonzalo, Velilla de Guardo, Porma, Cernadilla, Benamarías, Milagro, Torrelara, etc., así como sus canales principales, que, lentamente y en muchas ocasiones en precario, cubrieron el área regable asignada, aunque la materialización del riego tardara más. Los más importantes canales de riego, aparte de los tradicionales derivados del Duero, Pisuerga, Carrión y Arlanzón, son los de la cuenca del Esla (Villadangos, Páramo, Santa María, Matolobos, Villares, Esla, etc.) y Tormes (la Maya, Villagonzalo, Babilafuente). De esta forma, se han venido conformando unas áreas concretas donde el regadío oficial tiene su mayor implantación. Así, y tras treinta años de actuación, los rega-

³⁴ Cf. GARCIA FERNANDEZ, J.: *La configuración del regadío...*, cit., pág.127.

³⁵ Cf. MOLINERO HERNANDO, F.: Op. cit., pág. 25, o, más ampliamente "La ordenación rural en Tierra de Campos: ¿una experiencia fracasada?", en *VII Coloquio de Geografía. Ponencias y Comunicaciones*, AGE, Pamplona, 1981, Salamanca, 1983, Tomo II, págs. 503-509. Cf. igualmente, PEÑA SANCHEZ, M.: "El Plan de Tierra de Campos y su realización", *Estudios Geográficos*, 1973, núm. 130, págs. 170-185.

díos estatales tendrían su mayor desarrollo en el cuadrante noroccidental de la región: en el Tera (8.000 ha), Esla-Valderaduey (26.256 ha) y, sobre todo, Orbigo (36.424 ha); en conjunto, 70.680 ha de regadío en las riberas leonesas y el Páramo; una amplia comarca donde la iniciativa oficial ha encontrado el caldo de cultivo adecuado entre unos agricultores que sabían apreciar desde antiguo el beneficio del riego.

Otra de las áreas más significativas de la acción oficial corresponde al sector oriental y sudoriental de Tierra de Campos, en el denominado sistema Carrión-Pisuerga y Arlanza. Los regadíos del Canal de Castilla, tanto a través de las acequias de la Retención y de Palencia, como de la derivación meridional del ramal de Campos, el canal de Macías Picavea o los del Pisuerga, Villalaco, del Arlanzón, etc., riegan un total de 73.518 ha, que unidas a las 70.000 del bloque noroccidental, determinan que en el sector septentrional del Duero se asienten las dos terceras partes de los regadíos estatales de la Cuenca.

El resto se localiza en los regadíos meridionales y del propio valle del Duero; entre el alto y bajo Duero la acción oficial ha transformado 32.558 ha dominadas por la red de canales que toman el agua directamente del río a través de presas y derivaciones. Junto a éstas, existen otras de menor entidad y de reciente factura: la zona del Riaza, con 2.827 ha y, sobre todo, las derivadas del Tormes, 22.620 ha, y Agueda, 953 ha. En total 205.041 ha, que constituyen una aportación sustancial a la consolidación del regadío en la Cuenca, aunque con un carácter desequilibrado entre las vertientes meridional y septentrional. Este hecho se refuerza en los años ochenta, cuando con el cierre de la presa de Riaño (1988), pieza clave en los regadíos del Plan de Tierra de Campos, se puso en marcha un plan de transformación en regadío, que, modificando los primitivos aprovechamientos, beneficiaría de nuevo a la provincia de León en las tierras dominadas por los canales de Los Payuelos, Mansilla, Gradefes, etc., con más de 80.000 ha. No obstante, la acción oficial, no termina aquí pues recientemente se han venido desarrollando nuevos proyectos del IRYDA, bien indirectamente a través de ayudas a la iniciativa indivi-

dual, o bien directamente mediante la construcción de los regadíos de Interés General de la Nación de competencia del Estado (margen izquierda del Tera en Zamora o Riaño en León) o los de Interés Nacional de competencia de la Comunidad Autónoma (Villoria en Salamanca, Porma en León, Villalar de los Comuneros en Valladolid y Margen Izquierda del Esla en Zamora)³⁶.

En conjunto, según datos de la Oficina de Planificación Hidrológica de la Confederación Hidrográfica del Duero, para 1990, la superficie efectivamente regada a través de la iniciativa oficial alcanzaría 205.041 ha, el 40% del total de la cuenca del Duero, el resto corresponde al gran impulso dado al riego por la iniciativa de los agricultores.

2.º La gran expansión del regadío particular a partir de mediados de los años sesenta

La iniciativa particular siempre ha sido activa y superior a la del propio Estado, aunque a partir de mediados de los sesenta destaca por su fuerza, que se prolonga hasta la actualidad; baste para ello resaltar, según señala F. Molinero analizando los datos proporcionados por el Plan Hidrológico Nacional, que los regadíos particulares totalizaban, a comienzos de los ochenta, 238.750 ha³⁷, si bien, como también apunta este autor, la realidad supera con creces estas cifras. De hecho, la propia Confederación estima que en 1990 se deben a la iniciativa individual 297.557 ha de regadío, el 59% del total de la Cuenca.

Esta pujanza de la iniciativa del agricultor corre pareja con un conjunto de circunstancias generales del campo y de la situación socioeconómica del país, pues, ante la crisis de la agricultura tradicional, el regadío abre una de las vías más socorridas para aumentar la productividad de la explotación, diversificar las producciones y liberarse de la aleatoriedad del

³⁶ Cf. M.A.P.A.: *Actuaciones del M.A.P.A. en Castilla y León. 5 años de inversiones en regadíos e infraestructuras agrarias*. s/a, s/p.

³⁷ MOLINERO HERNANDO, F.: *El regadío, ¿Una alternativa...*, cit., pág. 43.

secano. Y no faltó tampoco asistencia financiera, de modo que las explotaciones se capitalizaron merced a la mayor disponibilidad de recursos económicos y a la mayor facilidad para acceder a los créditos bancarios asequibles y con avales cada vez más seguros. A la par, contaban con la asistencia de la propia Administración, que arbitraba una serie de líneas de créditos y subvenciones con este fin.

Las ayudas estatales directas tuvieron gran importancia, pero no menor que las indirectas, las cuales crearon las condiciones técnicas necesarias para la viabilidad de la inversión. Efectivamente, buena parte del agua empleada en los regadíos particulares, al contrario que en los de iniciativa oficial, era de procedencia subterránea, y a veces de gran profundidad; por ello, sólo compensaba la transformación para una superficie considerable de terreno. De ahí que el regadío particular corriera parejo con el proceso de Concentración Parcelaria, que desde los años cincuenta, pero sobre todo en los sesenta y setenta, se estaba acometiendo en la región. Esta reforma técnica ponía a disposición de los agricultores parcelas lo suficientemente dimensionadas —6 a 10 ha— como para rentabilizar las cuantiosas inversiones derivadas de la perforación, entubado e instalación del equipo de riego.

De esta forma, mientras la acción oficial en el Duero se basó en el aprovechamiento —desigual— de los caudales superficiales a partir de grandes embalses, la iniciativa particular aprovechó, principalmente en los últimos años, los recursos hídricos subterráneos. Y, a pesar de que las concesiones para la sangría de los cursos fluviales fueron progresando, los estiajes impidieron realizar riegos que no fueran los de primavera y para el cereal. Sin embargo, como señala García Fernández,

“el regadío no sólo se limitó a los valles con ríos de cierto caudal, sino que se llevó a otros enteramente enjutos en el estío; a extensas laderas, a los interfluvios de las campiñas y hasta los páramos calcáreos. En todos estos sectores se recurrió a las aguas subterráneas”³⁸.

³⁸ GARCÍA FERNÁNDEZ, J.: “La configuración del regadío...”, cit., pág. 128.

Ciertamente, la excavación de pozos para captar aguas de mantos freáticos poco profundos y manantiales en los valles y áreas de recubrimiento (cuestas y valles de los páramos, Tierra de Pinares, Páramo leonés, etc.) ha sido un recurso tradicional para el riego de pequeñas parcelas; a partir de caudales que difícilmente pueden llegar a los 7.000 m³ al año³⁹ el agua basta para regar poco más de una hectárea de remolacha, patatas o alubias. Molinero habla de entre 150 y 250.000 pozos de estas características en toda la Cuenca, que, según la encuesta de la Junta de Castilla y León, permitirían el riego de 38.718 ha con aguas permanentes y otras 15.258 ha con aguas eventuales. El recurso a las aguas subterráneas a través de pozos de algunos metros de profundidad es evidente en la provincia de León, donde se riegan por estos métodos 14.840 ha, sobre todo en el Páramo, aunque también en los valles de los principales ríos; la provincia de Zamora (9.601 ha), Valladolid (10.392 ha), Salamanca (5.911 ha) y Segovia (4.646 ha), le siguen en importancia.

Pero estos pozos someros no proporcionaban los caudales necesarios para el riego de las parcelas que iban surgiendo de la Concentración; por ello, aunque se siguieron explotando, fueron perdiendo valor ante la generalización de la técnica del sondeo, ya a partir de finales de los sesenta. Se trata de perforaciones de entre 100 y 300 o más metros y garantizan, con caudales medios de 6-8 y hasta más de 20 l/s⁴⁰, el riego de parcelas que a menudo superan las 15 ha; su desarrollo ha sido espectacular a pesar del elevado costo. Prácticamente en todos los sectores de la Cuenca se han llevado a cabo sondeos hasta totalizar 11.917 perforaciones (9.283 considerando sólo los que riegan con aguas permanentes) según datos de la Junta de Castilla y León⁴¹. Sin embargo, a pesar de su profu-

³⁹ Cf. MOLINERO HERNANDO, F.: "El aprovechamiento de mantos freáticos en la Cuenca del Duero", en *Demanda y economía del Agua en España*, CAM, Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1986, pág. 193.

⁴⁰ Cf. MOLINERO HERNANDO, F.: *El regadío, ¿Una alternativa a la agricultura...*, cit., pág. 165.

⁴¹ Datos proporcionados por la empresa SISOCIA en el curso de unas conferencias sobre el Futuro del Riego en Castilla y León, referidos a los años 1983/1984.

sión, tienen especial importancia en las llamadas zonas de descarga de los acuíferos subterráneos, es decir en todo el sector meridional del Duero y singularmente en la Tierra de Pinares segoviana y vallisoletana, la Tierra de Medina, las campiñas de Arévalo-Madrigal, Campo de Peñaranda, Tierra del Vino, e incluso en comarcas como La Lampreana, que recogen las aguas afluentes desde las penillanuras del oeste. También se localizan en los valles y culminaciones de los Páramos, tanto de Torozos como de Cerrato, así como en los del sur, desde la Parrilla (donde ya existía tradición en el regadío) hasta Cuéllar, explotando los acuíferos de estos sectores y dando origen a un paisaje enteramente modificado. La técnica del sondeo se inició en los cincuenta y se generalizó en los sesenta, empleando trenes de sondeo de más de 150 m que captaban caudales previamente localizados mediante prospecciones eléctricas. A comienzos de los sesenta se empezaron a extender por comarcas de gran tradición en pozos artesianos, como Nava del Rey, Fresno de la Ribera, Carpio o Medina, en tierras tradicionalmente secas y viñeras, que cambiaron su fisonomía por el verde durante el estío⁴². En estos pueblos las perforaciones se iniciaron en los años cincuenta, dada su mayor operatividad en relación con los pozos, pero con un coste de entre las ochenta y cien mil ptas por ha; inversión considerada excesiva por cuanto no se podían aprovechar todos los caudales obtenidos debido a la excesiva parcelación; de ahí que fueran estos agricultores los que pronto reclamaran la concentración parcelaria. A partir de estas transformaciones técnicas el regadío de perforación, como señala M. Alario Trigueros, alcanzó su máxima expansión⁴³.

No es de extrañar, por todo ello, que las 88.000 ha permanentes y 20.000 eventuales regadas por sondeos, se localicen en las provincias meridionales del Duero (incluyendo Valla-

⁴² Cf. MARTIN CALERO, E. "Los pequeños regadíos como solución", *El Norte de Castilla*, 3 de marzo de 1963, pág.5.

⁴³ *Significado espacial y socioeconómico de la concentración parcelaria en Castilla y León*. Serie Estudios. M.A.P.A. Secretaría General Técnica, Madrid, 1990, págs. 392-394.

dolid y Zamora). Eran las comarcas donde las condiciones ecológicas determinaban una de las mayores reservas de agua subterránea y donde el regadío multiplicaba con creces el valor del secano. Así, los sondeos han sido responsables del 54% de los regadíos permanentes de Segovia; del 51% de los de Valladolid; del 49% de de Zamora y del 30% de Salamanca, alcanzando una especial significación cuantitativa en Valladolid, donde a partir de 2.324 sondeos se regaba una superficie de más de 35.000 ha en el año 1984.

Estos regadíos se acompañan siempre de la técnica de aspersión, que, evitando los cuantiosos gastos de la sistematización y nivelación de los terrenos, permite transformar sectores que, de otra forma, no hubiera sido posible regar. Este sistema potenció la extensión del regadío allí donde no había llegado la iniciativa oficial, teniendo un efecto redistributivo de trascendental importancia, al llevar el riego a

“cualesquiera parajes y situaciones, tanto en las cuestas de los páramos, alejados cientos de metros de los valles de los ríos, como sobre las propias dehesas salmantinas, tanto en manos de explotaciones pequeñas o medianas como entre las grandes explotaciones”⁴⁴.

De ahí que autores como García Fernández le atribuyan un carácter revolucionario en el campo castellano⁴⁵. El sistema permitía, además, regar parcelas de gran tamaño y economizar agua, aspecto en el que se han dado constantes avances, ya que si en un principio se empleaban tubos fijos con aspersores, pronto se pasó a los sistemas con gomas que evitaban el cambio de los tubos principales, generalizándose posteriormente la cobertura total con tubos de PVC o aluminio como la respuesta más adecuada en las pequeñas explotaciones ante la escasez de mano de obra, mientras que las mayores prefirieron los pivotes, que permiten regar grandes superficies automáticamente y que se han extendido enormemente.

De esta forma, el regadío particular en la Cuenca totaliza

⁴⁴ MOLINERO HERNANDO, F.: *El regadío...*, cit., pág.43

⁴⁵ “La configuración del regadío...”, cit., pág. 128.

casi 300.000 ha, entre aguas subterráneas y superficiales, en 1990, que complementan a los regadíos oficiales, algo más de 200.000 ha, equilibrando su distribución espacial. Ha permitido el riego en comarcas como el valle del Arlanza, Arlanzón o Esgueva, pero también en los páramos, tanto de Torozos, donde lo utilizan muchas grandes fincas, como del Cerrato, pero se ha concentrado en las comarcas meridionales. Páramos del sur del Duero, extensas campiñas de la Tierra de Pinares, la Tierra Llana de Avila, en torno a Arévalo-Madrigal, la Tierra de Medina, la Moraña, Campo de Peñaranda, etc., comarcas enteramente preteridas por la iniciativa oficial, figuran ahora entre las más emblemáticas de regadío, merced a las cuantiosas inversiones efectuadas por los agricultores. En todo caso, no se debe olvidar que la mitad meridional de la cuenca del Duero cuenta con muy pocos recursos hídricos, comparada con la septentrional, pues los ríos de la Cordillera Cantábrica son mucho más caudalosos y regulares que los de la Central, donde se reciben precipitaciones mucho más reducidas.

A pesar de todo, se mantiene un acusado desequilibrio interprovincial. León destaca, en 1985, con 112.000 ha (el 27,5% de lo transformado en el Duero), seguida de Valladolid, Zamora, Palencia y Avila, con 74.900, 50.600, 49.500 y 32.800 ha respectivamente. En los últimos puestos, Burgos, Segovia y Soria, apenas suman entre las tres 53.000 ha, un menguado 12% del total transformado (Vid. cuadro 59).

De esta forma, se ha venido configurando el regadío en la cuenca del Duero desde los años sesenta como uno de los capítulos más importantes de transformación agraria y de capitalización de las explotaciones; la liberalización de las condiciones restrictivas del secano y la orientación hacia otros cultivos más remuneradores ha sido la clave de la supervivencia de explotaciones de tamaño pequeño o mediano (20-30 ha) y de la consolidación de las más grandes. En todas las provincias se ha acometido la transformación, y entre todos los agricultores, como una constante a lo largo del siglo, la remolacha azucarera ha constituido la base del panorama cultural del terrazgo regado.

b) Aumento superficial y modernización del cultivo remolachero

De forma paralela a la expansión del regadío, acontece un espectacular incremento de la superficie remolachera. La contención de precios puesta en marcha desde la campaña 1958-59, como medida complementaria para frenar la inflación, había retraído la siembra y, tras el techo histórico de 1962-63 (72.000 ha), se redujo a 60.000 un año más tarde. Agotada la fase anterior, al compás del fuerte incremento del consumo en estos años y con los objetivos de producción al alza en la fase desarrollista, la superficie y la producción crecen, aunque siempre sujetas a las disposiciones de control y al estímulo de los precios (vid. cuadro 60). De igual forma, y ante el encarecimiento de la mano de obra, se dan algunos pasos para mejorar y modernizar unas explotaciones todavía insuficientes para conseguir la racionalización del cultivo.

1.º La importancia del precio y de los cupos en un cultivo en expansión

Hemos insistido en que el factor determinante del cultivo eran los precios, ya que la remolacha requería más gastos por hectárea que cualquier otro cultivo en la región y de ahí la respuesta de los agricultores-remolacheros ante el estímulo o desestímulo del precio establecido en los contratos. Este se había mantenido estable desde la campaña 1958-59 en 975 ptas/Tm, y con los complementos por riqueza, se situaba en las 1.014 ptas/Tm para las zonas 4.^a y 5.^a y 1.019 ptas/Tm para la zona 9.^a.

Con esta retribución, el cultivo había perdido rentabilidad, ante el encarecimiento de todos los elementos. De hecho, según un informe elaborado por el Sindicato Remolachero de Castilla la Vieja, el costo de producción de una hectárea era, en la campaña 1961-62, de 25.878 ptas (Vid. cuadro 61), lo que suponía, al precio vigente (1.014 ptas/Tm de media en el Duero), que el agricultor-remolachero debería obtener una

cosecha de al menos 25 Tm/ha para compensar los gastos. El componente más gravoso era la mano de obra, ya que se podían perfectamente emplear, a comienzos de los años sesenta, 100 jornales (la mitad de mujer) y ello sin contar el del regador, que se empleaba durante sesenta días por campaña. Se trataba de un cultivo altamente intensivo en mano de obra, si bien en las explotaciones pequeñas la mayor parte de los jornales eran de la propia familia; pero aun así, había que emplear obreros en determinadas labores. Según señalaba el Sindicato de Cultivadores de Remolacha, desde 1961 hasta 1963, el coste del jornal se había encarecido en un 34%. Por ello, la revisión del coste de producción de una hectárea de remolacha para la campaña 1962-63 (Vid. cuadro 61), aportaba la cifra de 33.560 ptas, que exigían una producción de 33 Tm para poder afrontar los gastos de cultivo (entonces la producción media "oficial" era de 28 Tm/ha). Los jornales necesarios en una hectárea de regadío representaban un coste de 13.071 ptas, el 39% del total, frente al 24% de los abonos y semillas. Evidentemente, según estos cálculos, el agricultor-remolachero perdía dinero, lo cual era poco probable, puesto que los costos siempre aparecían inflados, contabilizando gastos no desembolsados; por ejemplo, una buena parte de los jornales, eran absorbidos por la mano de obra familiar, sobre todo en las pequeñas explotaciones (por otro lado, la gran mayoría), y sólo en muy contadas ocasiones se recurría a los asalariados; pero esto no restaba valor a un hecho evidente: la remolacha azucarera, que campañas atrás resultaba altamente rentable, era rechazada por la falta de estímulo.

Y es que los precios pagados al cultivador (así como los del azúcar pagados al industrial) se habían contenido como medida antiinflacionista dentro del Plan de Estabilización del 59; todavía entonces el cultivo resultaba estimulante y las siembras aumentaron considerablemente en el Duero. Pero era fruto de la mayor extensión de los regadíos, como forma de paliar la crisis triguera que estaba sufriendo el campo español en general y el castellano en particular a finales de los cincuenta. Así, ante el aumento de las producciones trigueras, tras el considerable incremento de las tierras de labor (recuér-

dese también que era un cultivo de reserva), el desestímulo por la vía de los precios comenzó a asfixiar a los agricultores. Al terminar la década de los cincuenta los precios del trigo llevaban varios años congelados

“la última subida estimulante había sido la de 1957, pero, a partir de entonces, y tomando como base 100 el significativo año de 1953, se habían mantenido entre 125 y 127; incluso en 1959 habían descendido por debajo de este nivel; pero, mientras tanto, aunque no en forma tan acusada como después, el proceso inflacionista general continuaba. El campesino de nuestra región estaba en una situación más desfavorable: sus ingresos se deterioraban”⁴⁶.

A esta situación de precios bajos se sumaron factores de índole coyuntural, como las adversas condiciones meteorológicas de los años siguientes, que provocaron unas cosechas francamente malas. De hecho, como ponían de manifiesto las cifras sobre las cuentas agrarias elaboradas por la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura, entre 1957 y 1961, la región del Duero vio descender —con carácter de excepción en el total nacional— su renta agraria a razón de un 1% anualmente⁴⁷. Ante esta situación de crisis, se respondió, como señala García Fernández, con la reducción de costos vía mecanización, y por consiguiente, el aumento de la productividad, con el consiguiente desplazamiento de mano de obra, que no encontraba especiales dificultades de asentamiento en otros lugares y sectores económicos, tanto de España como del extranjero. Pero también, la intensificación de la explotación a través del regadío se convertía en el método más seguro de capitalización de las grandes explotaciones y de supervivencia de las más pequeñas; la remolacha era la alternativa más rentable, mejor adaptada y mejor conocida. Se larvaba así una potencialidad impresionante de producción remolachera cada vez que el agricultor optaba por la transformación en regadío. Por esta razón, a principios de los sesenta,

⁴⁶ GARCIA FERNANDEZ, J.: *Desarrollo y atonía en Castilla*, Edit. Ariel, Barcelona, 1981, pág. 107.

⁴⁷ Cf. LERA DE ISLA, A. “La renta agraria en Castilla la Vieja”, *El Norte de Castilla*, Domingo, 10 de noviembre de 1963, pág. 7.

cuando se reclamaba un precio remunerador para la raíz, se insistía en el gran valor que tenía en la agricultura castellana:

“está bien visto que las siembras de remolacha son más seguras que las del trigo o cualquier otro cereal, como puede demostrarse con las campañas de los tres últimos años, en que la remolacha alivió en gran manera la grave crisis triguera que ha padecido Castilla”⁴⁸.

Pero la rentabilidad cayó ante la escalada de los costos de producción, sobre todo, el de la mano de obra, cada vez más escasa y cara; y es que la mecanización de la remolacha no resultaba tan fácil como la de los cereales, en los que el tractor y la cosechadora aliviaban notablemente los costos y aumentaban la productividad. Las dificultades de mecanización la hacían especialmente vulnerable ante las situaciones de bajo precio, toda vez que a las parcelas pequeñas se sumaba la escasez de maquinaria apropiada (fundamentalmente en el arranque). La conjunción de dos factores, uno coyuntural —los precios— y otro estructural —las dificultades de mecanización— acabaron desplazando a la remolacha de entre los cultivos preferidos en los regadíos. Así, en la campaña 1963-64 las siembras se redujeron en 12.000 ha y, aunque el Duero se mantuvo a la cabeza del país, cayeron hasta un 60% de la superficie habitual. A la vez, otros cultivos con mejores precios o más fáciles de mecanizar, como el maíz, la alfalfa y las patatas, fueron ganando terreno en regadío, hasta el punto de provocar la saturación del mercado de tubérculos y la bajada de precios consecuente, lo que contribuyó a agudizar aún más la crisis del campo castellano.

Tras el cambio de política remolachero-azucarera a partir de la campaña 1963-64, se aumentó el precio de las materias primas sacáricas y del azúcar en la campaña 1964-65, asignando al Duero 2.150.000 Tm de remolacha de los 4,8 millones necesarios para la producción de 600.000 Tm de azúcar; se ponía en evidencia que la expansión del cultivo estaba pensada para el Duero. A la vez, se fijó un precio de 1.245

⁴⁸ KELLEX, F. “La producción de remolacha en el campo palentino”, *El Norte de Castilla*, Viernes, 30 de marzo de 1962, pág. 6.

ptas/Tm de riqueza media (rendimiento industrial de 125 kg azúcar por Tm de remolacha), que, en función de la mayor riqueza de las zonas del Duero, se pagó entre 1.271 y 1.323 ptas/Tm. Con su revalorización se produjo cierta recuperación de las superficies remolacheras, pero aunque se llegó a las 70.000 ha, las provincias del Duero sólo produjeron 1,6 millones de Tm.

Los precios continuaban siendo poco remuneradores; en la campaña siguiente a la última subida señalada, el Grupo Sindical Remolachero consideraba que deberían superar la barrera de las 1.500 ptas y, unos meses más tarde, la Segunda Asamblea Nacional Remolachero-Cañera celebrada en Madrid en diciembre de 1964, consideraba que

“debido al alza continuada de los salarios, y al papel importante que los mismos en los costos de producción, se solicita para la campaña 1965-66 que el precio de los ‘quince grados sacáricos polarimétricos’ de la tonelada métrica de remolacha se cifre en las mil seiscientas pesetas”⁴⁹.

Sin embargo, el precio se mantuvo durante las tres campañas siguientes, aunque se estableció un “sobrepeso compensatorio” de 100 ptas, que lo elevaba a las 1.443/1.423 ptas/Tm. Este aspecto no provocó un desánimo generalizado y, a pesar de la contestación de los precios por las organizaciones remolacheras y hasta por las propias industrias, el agricultor del Duero seguía sembrando remolacha en las zonas transformadas en regadío por tratarse del cultivo más rentable dentro del pobre elenco de posibilidades. Así, se entiende la reacción de los remolacheros ante la regulación de la campaña 1965-66, motivada más por la reducción de siembras que por el precio fijado; si para la campaña 1964-65 se habían previsto 600.000 Tm de azúcar y 4,8 millones de Tm de raíz, en la siguiente se rebajaron a 500.000, para las que sólo se necesitaban 4 millones de Tm de raíz. Esta rebaja iba contra las directrices del Plan de Desarrollo y se hacía a costa del Duero, pues la cuota caía en más de 300.000 Tm, equivalentes a 10.000 ha.

⁴⁹ EL NORTE DE CASTILLA: “Conclusiones de la Segunda Asamblea Nacional Remolachero-Cañera”, 16 de diciembre de 1964, pág. 5.

La enérgica reacción recordaba a la de los años veinte. La Asamblea Regional Remolachera de las zonas IV y V celebrada en Valladolid el 17 de febrero de 1965 decidió elevar con urgencia al Gobierno una amenaza de huelga de siembra, similar a la de 1929, si se le reducían las cuotas. Aunque se reclamaba un precio más alto, el hecho de que las aspiraciones se cifrasen en 1.438 ptas/Tm, es decir, casi 200 menos de las aprobadas en la Asamblea Nacional y tan sólo 93 ptas por encima del precio oficial, revelaba que todavía se consideraba suficientemente rentable. Por ello, cuando apareció la Orden del Ministerio de Agricultura de 12 de marzo de 1965 que modificaba la anterior y establecía de nuevo el techo de los 4,8 millones de Tm de remolacha y aumentaba la cuota de producción del Duero (1,05 millones de Tm para la zona V y 1,25 millones para la IV, el 49% del total nacional), los agricultores de la región, en Asamblea Extraordinaria celebrada el 11 de marzo de 1965 y conocedores del tema, acordaron responder a la contratación aceptando el precio vigente “en prueba de acatamiento a lo dispuesto por los poderes públicos y en testimonio de nuestra disciplina sindical”⁵⁰.

Resultaba, pues, evidente que el precio era estimulante para la mayor parte de los cultivadores del Duero. El principal componente de los elevados costos de producción eran los salarios (en torno al 40%), pero se compensaban mediante el empleo de mano de obra familiar y recurriendo sólo de manera excepcional a la asalariada. Así, en las tareas de entresaque y recolección, se empleaba a todos los miembros de la familia, desde los más jóvenes hasta los mayores y las mujeres, sobre todo en las explotaciones más pequeñas, aquellas que cultivaban una o dos ha, o incluso menos, que eran la mayor parte. Como se señalaba en la campaña 1965-66 desde Valoria la Buena,

“el agricultor sabe en sus primarios conocimientos de economía agraria que la remolacha es hoy por hoy y a pesar de los cuantiosos gastos de entresaque, riego y saca, el cultivo más

⁵⁰ SANCHEZ GARCIA, A.: “Se celebró ayer la Asamblea extraordinaria de los cultivadores de remolacha de la cuenca del Duero”, *El Norte de Castilla*, 12 de marzo de 1965, pág.4.

remunerador y por eso dedica siempre sus mejores tierras a este tubérculo”⁵¹.

En esos momentos de crisis de muchas explotaciones pequeñas y medianas del secano cerealista, cuyos titulares acababan emigrando, el regadío y la remolacha constituyeron su tabla de salvación; de hecho, eran estas comarcas las que menos se despoblaban en un contexto de éxodo masivo. Todos los testimonios hallados reiteraban que el cultivo era rentable y daba seguridad.

Así, aunque los precios no cubrían enteramente las aspiraciones de los agricultores, la remolacha iba calando en los regadíos: si en la campaña 1963-64 ocupaba una superficie de 60.170 ha, en 1967-68 había alcanzado ya 88.247 ha, compartidas por más de 70.000 remolacheros. Esta fase de crecimiento constante, tanto en secano como, sobre todo, en regadío, mostraba, sin embargo, claras diferencias interprovinciales.

2.º Difusión espacial del cultivo: distribución de los centros de recepción

El cultivo se extendió especialmente en cuatro provincias. Valladolid, con 21.210 ha, era la principal de la región merced a la acentuada vocación remolachera de sus regadíos y a las circunstancias empresariales que hicieron de su territorio uno de los centros de mayor actividad remolachero-azucarera de la nación. Le siguen las provincias de Burgos y León, con 17.000 y 15.000 ha respectivamente (el 19 y el 17% del total regional) y la de Zamora con otras 10.000. Las cuatro totalizan las tres cuartas partes de las siembras y producción en la campaña 1967-68, sin olvidar Palencia, que supera las 8.600 ha (Vid. cuadro 62). El neto predominio de las provincias del norte de la Cuenca sigue siendo la característica más sobresaliente de estos años, por mor del predominio de los riegos con aguas superficiales.

⁵¹ EL NORTE DE CASTILLA: “Pleno desarrollo de la campaña remolachera”, 13 de enero de 1966, pág.6.

Pero la escala provincial no llega al detalle que ofrecen, en cuanto a distribución de la producción de remolacha, las distintas básculas de campo. Es importante realizar el análisis en esta campaña, pues, a partir de esos momentos, con la generalización del pago por riqueza y las compensaciones de transporte para la entrega en la propia fábrica, su número se fue reduciendo hasta desaparecer, siendo la última en la que de una manera generalizada se hace la entrega mediante el sistema tradicional, aunque con diferencias respecto a la de 1961-62; frente a las 252 básculas de entonces se ha pasado a 366 ahora, si bien este incremento fue más aparente que real, pues en este período tan sólo se instalaron 45 nuevas básculas. En realidad, se produjo un acuerdo entre sociedades para utilizarlas conjuntamente en vez de abrir otras nuevas, fenómeno inducido por la aplicación de las normas de libertad de contratación y por los reajustes empresariales en el Duero a partir de la campaña 1963-64.

En virtud de este proceso, en la campaña 1967-68 la recepción se efectuó a partir de 297 básculas (Vid. figura 33), 72 de las cuales recibían remolacha para al menos dos sociedades. La Sociedad General Azucarera y la Sociedad Industrial Castellana ofrecían el ejemplo más significativo de organización de la recepción en la zona cuarta (fábricas de Sta. Victoria y Azucarera del Carrión) y en la quinta (fábricas de Sta. Elvira, Orbigo y Esla), donde aumentaron notablemente el número de puntos de entrega: la fábrica de la SIC en Valladolid recibía remolacha desde 49 básculas, 34 de las cuales estaban compartidas con la fábrica de Monzón, que recibía, a su vez, remolacha desde 55 básculas; a título comparativo en la campaña 1961-62 disponían de 18 y 34 básculas respectivamente. El mismo fenómeno se constataba en la zona quinta entre las fábricas de Veguellina de Orbigo y de León; así, si en la campaña 1961-62 organizaban la recepción desde 22 y 17 básculas respectivamente, en la de 1967-68 lo hacían cada una desde 48 y 41, de las que 34 estaban compartidas (Vid. figuras 34 y 35).

Estas dos sociedades cifraban su estrategia de contratación en la reducción de las partidas entregadas directamente

en fábrica, pues si en la campaña 1961-62 Sta. Victoria, Monzón de Campos, León y Veguellina recibían, respectivamente el 62, el 33,7, el 33,6 y el 33% de la remolacha contratada, en la campaña 1967-68 sólo alcanzan (en términos aproximados en función de la remolacha molturada) el 35, 24, 23 y 15%. Es decir, las fábricas de las empresas SGA y SIC en el Duero fueron ampliando progresivamente, y a la par que compartían las instalaciones de recepción, la descentralización de las entregas.

Otras sociedades, como Ebro y CIA, persistieron en tener, básculas de recepción propias, si bien con diferente orientación. Aquélla practicó una política de reducción de básculas, acentuando la recepción directamente en las fábrica —en especial en la zona cuarta—, lo que explica la utilización de sólo 54 en la campaña 1967-68, frente a las 88 anteriores, para las tres fábricas de la sociedad (Vid. figura 36). Al contrario, CIA llevó a cabo una ampliación de los puntos de recepción entre ambas campañas, de 34 a 86; una ampliación especialmente visible en la fábrica de Aranda de Duero, donde se observa una clara difusión de los centros de recepción a lo largo del valle (Vid. figura 37).

Se estaba produciendo una redistribución, en muchos casos pactada, de las áreas de influencia y abastecimiento de las sociedades, sobre las cuales se impone, como elemento “desestabilizador”, la instalación de una fábrica cooperativa en Valladolid, superpuesta a las distintas zonas; la nueva fábrica no monta ninguna báscula de campo y desde el primer momento realiza la recepción directamente en sus instalaciones.

Al margen de que en muchos casos los agricultores veían en los pactos entre sociedades para organizar la recepción conculcado el derecho a poder optar por las fábricas con las que desearan contratar, interesa resaltar ahora la pérdida de empuje de la zona leonesa, como pone de manifiesto el que la remolacha recibida en sus básculas pase desde las 893.361 Tm en la campaña 1961-62 a las 534.000 de la de 1964-65 para ascender levemente hasta las 798.000 mil de 1967-68; es decir, no se había producido una expansión del cultivo como cabría esperar, sino la potenciación del existente, con la ampliación

de las básculas y la creación de algunas nuevas en los sectores de nuevos regadíos, sobre todo a partir de las aguas del embalse de Barrios de Luna: Bercianos del Páramo, Zotes del Páramo, Laguna de Negrillos, etc. (Vid. figura 33)

La mayor expansión corresponde a la zona cuarta, en la que crece considerablemente la contratación: si en la campaña 1961-62 se situaba en 1.084.466 Tm, cae ligeramente en las dos siguientes y se relanza hasta los 1,2 millones de Tm en la de 1967-68. Este mayor dinamismo motiva la instalación de más de una veintena de nuevas básculas, cuya localización prima a las comarcas del sur del Duero —en especial en Valladolid—, que es donde se están produciendo las mayores transformaciones en regadío, y en el que la orientación principal es la remolacha azucarera; sólo esto explica que básculas de nueva creación, como las de Rubí de Bracamonte, Fuente el Sol, La Seca o Cabezas de Alambre, tengan una recepción cercana a las 50.000 Tm; o que otras ya existentes, como Medina del Campo, Foncastín, Olmedo o Carpio superen las 70.000 Tm.

Ya a finales de los sesenta se han configurado, pues, las comarcas de mayor dinamismo remolachero de la región: las derivadas de la transformación privada del terrazgo de secano mediante sondeos en el sur del Duero. Por otro lado, como estaba sucediendo en el resto del país, el incremento de la producción corría parejo a una creciente preocupación por modernizar el sector, hacerlo más rentable y menos dependiente de las coyunturas.

3.º *Innovaciones en el cultivo de la remolacha y sus límites. El escaso tamaño de las explotaciones y sus diferencias interprovinciales*

En estos años se empieza a tomar conciencia de que la rentabilidad del cultivo y de las explotaciones remolacheras no se podía basar exclusivamente en unos precios elevados, sino que era necesaria una adaptación técnica que redujera los costos de producción. La escasa variación de los precios de la raíz desde la campaña 1964-65 (Vid. cuadro 60), obedecía a

la firme voluntad de la Administración de que no superaran a los de la Comunidad Económica Europea y se justificaba además como una medida contra la inflación. La contención de los precios se opuso a las recomendaciones del Ministerio de Agricultura, que en un informe de la Dirección Económica de la Producción Agraria, de finales de 1965, fijaba el costo de producción de una Tm de remolacha en 1.439 ptas⁵², prácticamente lo que se pagaba en el Duero; y es que, mientras los precios se contenían, los costos de producción se habían incrementado constantemente: los salarios habían subido desde 1963 en un 42%, los fertilizantes en un 15%, las semillas en un 50%, etc.

Estaba claro que la Administración había optado por mejorar y racionalizar el cultivo para reducir los elevados costos de producción, especialmente el de la mano de obra, imprescindible en determinadas fases del cultivo. Desde entonces, artículos divulgativos, charlas en los pueblos, etc., incidían, como una constante hasta nuestros días, en la modernización y la racionalización del cultivo: desde las semillas, el abonado, la mecanización, el uso de productos químicos, etc., lo que requería la utilización de unas técnicas completamente novedosas; aspecto que, a su vez, exigía vencer la resistencia de los remolacheros al cambio y proporcionar estímulos financieros para el nuevo y caro utillaje. No faltaron iniciativas; en la Asamblea Plenaria del Grupo Nacional Remolachero-Cañero celebrado en Madrid el 12 de diciembre de 1964 se decidió incluso aportar una cuota de 4 ptas/Tm entregada en fábrica que permitiera disponer de un fondo para la mejora técnica del cultivo. Una iniciativa paralela a las actuaciones que desde 1964 promueve la Dirección General de Agricultura. Las fincas de la región comienzan a ser sede de concursos nacionales e internacionales de recogida mecánica de remolacha, (los primeros de los que tenemos noticia se celebraron en la finca "Viñalta", perteneciente a la Estación Experimental Agraria de Palencia en Octubre de 1964; pero también los hubo en este mismo año en Magaz, Dueñas,

⁵² Cf. SANCHEZ GARCIA, A.: "La racionalización del cultivo remolachero", *El Norte de Castilla*, 8 de septiembre de 1967, pág.26.

Villamuriel de Cerrato, etc., y se prolongaron durante buena parte de las campañas siguientes). Ante todo se buscaba potenciar la recolección mecanizada, por ser ésta la operación que mayor número de jornales empleaba: de un total de 700 horas de mano de obra para el cultivo de una hectárea la recolección absorbía, por sí sola, 230⁵³.

No obstante, se progresaba lentamente, pues los avances en la incorporación de maquinaria que se estaban dando en los secanos cerealistas, resultaban muy problemáticos en los regadíos y, fundamentalmente, en el cultivo remolachero, donde se añadía la inadecuación de las explotaciones agrarias. El propio Presidente del Grupo Sindical Remolachero lo apuntaba como el primer y más importante aspecto que había que corregir:

“La dimensión adecuada de las empresas, a cuya estructuración se debe ir de modo individual (con la incorporación de tierras colindantes) o colectivas (en agrupaciones empresariales sindicales, cooperativas, o, simplemente, asociativas)”⁵⁴.

Era un problema general, pero que en la cuenca del Duero constituía una dificultad difícilmente superable. Según el Censo Agrario de 1962, a comienzos de los sesenta existían en toda la región 70.129 explotaciones remolacheras. Dado que el cultivo totalizaba 83.500 ha (según el Censo, aunque en realidad esta cifra no se alcanzó hasta 1966), la media por explotación era de 1,2 ha. Una dimensión insuficiente para acometer las reformas necesarias. Como se deduce del cuadro adjunto (Vid. cuadro 63), las 4/5 partes de los remolacheros de Castilla y León disponían de explotaciones de menos de veinte hectáreas, de las cuales destinarían a este cultivo entre 30 y 80 áreas. No obstante, el grueso de las explotaciones y de la superficie correspondía al umbral de entre las 5 y las 50 ha, donde se situaban el 63% de las explotaciones y de la superficie, con una extensión media nunca superior a las 2 ha.

Pero se observan claras diferencias intrarregionales. Valladolid y León, las provincias más remolacheras, repre-

⁵³ Datos recogidos de un informe redactado por la Dirección General de Agricultura sobre la mecanización del cultivo remolachero que fueron publicados en distintos artículos durante 1969 por El NORTE DE CASTILLA.

⁵⁴ SANCHEZ GARCIA, A.: «La racionalización del cultivo...» cit., pág. 26..

sentaban dos modelos completamente distintos de explotación: si en la primera la superficie media era de 2 ha, en la segunda se reducía a 0,7. Y es que el cultivo en León estaba en manos de un elevado número de explotaciones (23.000, el 33% del total regional) de pequeño tamaño: la mayor parte (el 93%) de las mismas tenían menos de 20 ha y concentraban el 80% de la superficie remolachera provincial, con una superficie media, dentro de este umbral, inferior a una hectárea. Se trataba de pequeñas empresas familiares que disponían de unas pocas hectáreas y en las que el regadío, el complemento ganadero y el sobreempleo de mano de obra eran los principales elementos de rentabilidad. Así, de manera tradicional, el agricultor leonés de regadío, el de las riberas del Orbigo, Tuerto, Esla y, en buena medida también, del Páramo, etc, destinaba la menguada base de su explotación a la remolacha, alubia, cereal y forrajeras (pues era importante la ganadería); pero era tal el primor en las labores, con abundante estiércol y agua, y el derroche de trabajo, que los rendimientos subían (según datos del Anuario Estadístico para los primeros años de los sesenta) hasta las 34-35 Tm/ha, mientras que la media regional apenas llegaba a las 30 Tm/ha; en realidad, los unos y los otros superaban sobradamente las cifras oficiales, compensando así la estrechez de su tamaño.

Por el contrario, la provincia de Valladolid tenía una mayor superficie destinada a este cultivo, 18.739 ha (el 26,7% del total regional) pero en un menor número de explotaciones: 9.452 (el 13,5%). A pesar del importante peso numérico de las pequeñas, el cultivo se desarrollaba fundamentalmente en las de tipo medio, con una relevancia especial de las grandes. Así, el 40% contaba con más de 20 ha y en este umbral se localizaba el 60% de las siembras; no obstante, la superficie dedicada a este cultivo estaría en torno a las 2-3 ha, pero, al contrario de León, afectaba también a las explotaciones medianas y grandes. En éstas, la transformación en regadío y el cultivo remolachero consecuente servían para rentabilizar la explotación, mientras en las más pequeñas —las más numerosas— permitía su viabilidad, dentro de

unas rotaciones con cereales, alfalfa y patata (en menor medida el maíz).

En el resto de las provincias encontramos situaciones intermedias, pero basadas en estos dos modelos: el leonés entre los remolacheros de las vegas del Duero en Zamora, Soria o en los regadíos a base de pozos someros en Segovia; al contrario, el vallisoletano, en las provincias de Palencia, Avila y Burgos.

En cualquier caso, los datos, meramente orientativos, ponen en evidencia que el cultivo estaba mayoritariamente en manos de pequeños agricultores, con parcelas de reducida dimensión. En estas condiciones, era difícil racionalizarlo, al carecer de los recursos financieros y de la dimensión suficiente como para invertir en maquinaria e insumos caros. A pesar de algunos avances, la mayor parte seguían cultivando con técnicas tradicionales.

Según el informe elaborado por la Dirección General de Agricultura sobre el resultado de las demostraciones de maquinaria para la recolección de la remolacha, quedaba patente que las explotaciones remolacheras con superficie inferior a 1,3 ha no admitían mecanización alguna que no fuera el arado "horquilla" tirado por caballería; hasta 5,3 ha, se podía emplear una arrancadora sencilla de tres líneas para tractor con unos resultados aceptables; por encima de esta dimensión, se aconsejaba la utilización de una maquinaria diversa: desde los equipos de descoronadora y arrancadora-hileradora de 3 líneas hasta las cosechadoras integrales; por contra, las inferiores a una hectárea tenían que agruparse de alguna forma si querían adoptar algún tipo de máquina⁵⁵.

La rentabilidad de las pequeñas explotaciones venía dada, pues, por el despilfarro de un bien no valorado: el trabajo familiar. Todos los brazos disponibles se empleaban en las faenas más exigentes, en la escarda, entresaque y arranque de la remolacha, labores todas ellas realizadas mediante el empleo de un utillaje sencillo (horquilla de mano, azuela, hoz, etc). En el ahorro de los jornales radicaba el mantenimiento y

⁵⁵ Cf. LERA DE ISLA, A.: "Para que la mecanización del cultivo remolachero sea rentable", *El Norte de Castilla*, 16 de marzo de 1969, pág. 12.

la rentabilidad del cultivo en la pequeña explotación, aguantando incluso en los períodos de precios contenidos, puesto que, en comparación con el cereal, dejaba considerables beneficios y, sobre todo, era seguro, permitiendo disponer de mayor capacidad de inversión. Y ésta era la clave en las pequeñas y medianas explotaciones: la seguridad, el saber que se podían realizar inversiones, solicitar créditos, etc., porque se era consciente de que las cosechas, salvo imponderables, eran seguras y solventes. Ese era el gran valor de la remolacha en el campo castellano, su efecto liberalizador frente al secano y al cereal.

Por otro lado, en las explotaciones más grandes, al compás del desarrollo del regadío privado (riego por aspersión, sondeos, etc.), se producen importantes avances técnicos. En ellas las ayudas a la mecanización tenían gran acogida, tanto en las siembras como en la recolección, porque les permitía eliminar mano de obra, el factor de mayor costo. La rentabilidad del cultivo dependía de la escasa utilización de mano de obra, pues, por ejemplo, la recolección manual de una hectárea de remolacha, bien mediante la utilización de azada bidente o arado tirado por caballería, costaba en 1967, 7.100 ptas, mientras que con una cosechadora sencilla tan sólo costaba 3.200 ptas/ha. No es de extrañar, por ello, que fuera en la provincia de Valladolid —donde las explotaciones tenían mayor dimensión— en la que avanzara más la mecanización del cultivo. Y, aunque la siembra y recolección se seguían realizando en muchas explotaciones según técnicas y modos tradicionales, esta provincia ocupaba el primer puesto en la relación nacional de adquisición de sembradoras de precisión y cosechadoras de remolacha⁵⁶.

Aun así, se avanza lentamente y, aunque ya comienzan a introducirse sembradoras adaptadas al tractor, de varias líneas, y equipos descompuestos para el arranque, así como a utilizarse productos químicos contra algunas enfermedades, todavía en los años sesenta el cultivo se hace de forma tradicional. Según la información aportada por el Sindicato Remo-

⁵⁶ Cf. VELAZQUEZ ARANDA, J.: "Coste horario de una cosechadora de remolacha". *El Norte de Castilla*, 10 de enero de 1971.

lachero en el análisis del coste de una hectárea de remolacha de 1963⁵⁷, se puede decir que el cultivo estaba en una fase de clara transición, ya que se observaban avances considerables en la cantidad de abonado o en el empleo del tractor, junto a notables carencias en el tratamiento de malas hierbas o de las enfermedades, a la vez que el derroche de mano de obra y el uso de ganado todavía eran norma común. El tractor y los aperos utilizados en el cereal se iban aplicando en las labores profundas y superficiales (arado de vertedera y cultivador) y en el transporte hasta la fábrica con remolque; sin embargo, el gradeo anterior y posterior a la siembra, la propia siembra, los ariques, las regaderas y limpieza de almorrones y el transporte hasta el cargadero se seguía haciendo mediante caballería. Asimismo, el empleo de mano de obra era fundamental en la distribución de abonado, el descostrado con garillos, el marcaje, el entresaque, alguna bina, la escarda, los riegos, el arranque y el descoronado y carga.

Por otro lado, se había progresado poco en insumos. Las semillas eran siempre multigérmenes, se empleaban en grandes cantidades (20-25 kg/ha) y generalmente se buscaba una raíz de gran tamaño (a menudo superaban los cinco kilos) por ser las más apropiadas para el pago por tonelada. En el abonado se iba ganando en cantidad, conscientes de que la remolacha era un cultivo muy exigente; se aportaba estiércol, cuando lo había, entre las 20 ó 25 Tm/ha, y las cantidades de abono de sementera se cifraban en torno a los 800 y 1.000 kg (60% de Superfosfato y 40% de C.Potasa y S.Amónico) así como dos manos de Nitrógeno (300 kg), cantidades más cercanas a lo ideal que a lo realmente aplicado. No había prácticamente más aportes; a lo sumo unos kilos de insecticida contra la pulguilla y otras plagas.

Se entiende así que el rasgo más definitorio del cultivo fuera su exigencia en trabajo (Vid. cuadro 64). El entresaque, la escarda y el arranque ocupaban prácticamente la mitad de los jornales: 15 el primer entresaque; 10 la segunda mano de entresaque y la escarda paralela; y el arranque 25 jornales

⁵⁷ Documento no catalogado del Sindicato de Cultivadores de Remolacha de Castilla la Vieja. (Vid. cuadro 61).

más. Esta última era, sin duda, la más penosa; significaba tener que arrancar la raíz con horquilla, limpiarla de tierra, descoronarla con hoz y depositarla en pequeños montones a lo largo de la parcela para después cargarla en el carro o pequeño remolque con horcas de bolas o a mano para no dañar la remolacha; la operación se complicaba si el otoño-invierno venía lluvioso; entonces con la parcela embarrada, se facilitaba el arranque, pero la limpieza y sobre todo el acarreo se hacía más difícil, pues había que llevar la raíz hasta los caminos a través de cestos o incluso trillos tirados por caballerías. En conjunto, el 39% de las inversiones en el cultivo de una hectárea de remolacha, se destinaban al pago de jornales (Vid. cuadro 65).

Era, en suma, el cultivo social por excelencia, ya que en estas labores se contrataba tanto a hombres como a mujeres y niños, y, aunque la demanda de mano de obra fuera muy elevada, aún había cuadrillas de jornaleros en los pueblos o en la comarca dispuestos a realizar la labor a tiempo. El problema se empezó a plantear cuando la emigración masiva provocó la escasez de gente en cada pueblo y comarca. Entonces se recurrió a trabajadores que venían de lejos; no era por ello extraño que todavía en los setenta y aún en los ochenta se vieran en los campos de remolacha de la región, las cuadrillas de jornaleros que venían a hacer la campaña. Llegaban incluso del Sur, de Andalucía, en convenios con la Oficina de Colocación.

La pequeña explotación, que cultivaba 1 ó 2 ha, todavía podía afrontar, con mano de obra familiar y unos pocos jornales, el costo del trabajo, pero las mayores explotaciones tenían que buscar nuevos medios para subsistir; de ahí que fueran éstas las primeras en incorporar maquinaria, principalmente de siembra y recolección. Aun así, los avances fueron lentos y se mantuvo el recurso a la mano de obra jornalera hasta bien entrados los años ochenta.

En estas condiciones, la racionalización del cultivo en el Duero se va imponiendo muy lentamente y de manera diferencial, con notables avances en las mayores y con serias rémoras en las más pequeñas. Ha sido un proceso muy dila-

tado en el tiempo, y, además, descompensado, ya que si se constatan progresos generalizados en las técnicas de producción, que fueron la causa última del incremento de los rendimientos (éstos, a principios de los sesenta estaban cifrados "oficialmente" en torno a las 20-25 Tm/ha y una década más tarde superaban ya las 40 Tm/ha), los mayores logros se consiguieron en la mecanización; así, se hizo hincapié fundamentalmente en la adquisición de máquinas de recolección, sembradoras, etc., pero se descuidaron las semillas, el control de riegos, la racionalidad del abonado, las enfermedades, etc., porque no eran capítulos tan apremiantes. Ahí radica una de las más profundas rémoras en cuanto a productividad, que, iniciada entonces, ha ido afianzando las diferencias con respecto a otros países. Por esta razón, las consignas lanzadas sobre la necesidad de racionalizar el cultivo, serán repetidas machaconamente durante las décadas siguientes (pero sin avances reales hasta los años ochenta), cuando los precios de la raíz, en vez de la reducción de costos, se erigieron de nuevo en la base de la rentabilidad del cultivo, arrojando unas estructuras productivas deficientes y poco adaptadas.

No se puede olvidar que las proclamas para la racionalización del cultivo se producen en un contexto político y económico cambiante. El II Plan de Desarrollo incidía fundamentalmente, en materia agraria, en la mejora de infraestructuras y equipamientos; ampliaba generosamente las partidas destinadas a la promoción técnica mediante subvenciones y ayudas a la adquisición de maquinaria y mejora de la eficacia de los insumos. Por otro lado, la perspectiva de integración en el Mercado Común movía al Ministerio de Agricultura a seguir una política de convergencia, lo que obligaba, además de lograr el autoabastecimiento, a mejorar las técnicas productivas para la reestructuración del cultivo y adecuar las formas y características contractuales en las relaciones remolachero-industriales. En este último aspecto hay que enmarcar el pago de la remolacha de acuerdo con su riqueza en sacarosa que ahora se pone en marcha.

4.º *El pago de la remolacha según su riqueza sacárica: una antigua reivindicación de los remolacheros del Duero*

Los agricultores del Duero reivindicaban este sistema porque se veían perjudicados al aportar una raíz mucho más rica que el resto de las zonas y recibir un sobreprecio considerado insuficiente. De hecho, del resultado de los análisis realizados por el Grupo Provincial Remolachero de Valladolid en la campaña 1960-61 en distintos pueblos de la provincia, se deduce que eran excepcionales los casos en los que la riqueza polarimétrica descendía del 15%; en términos municipales tan variados como los de Zaratán, La Overuela, Marzales, Mucientes, Tordesillas, Medina del Campo, etc., la riqueza polarimétrica superaba generalmente el 17 y aun el 18%, no siendo raros los valores que sobrepasaban el 19%. Según esto, la remolacha que se pagaba, por término medio y para esa misma campaña, a 975 ptas/Tm, no debería bajar de 1.150-1.200 ptas/Tm.

Este hecho justifica que se recibieran con cierto alborozo las disposiciones reguladoras de la campaña 1962-63 en las que se manifestaba la intención de poner en marcha el pago de la raíz por riqueza en la campaña siguiente. En efecto, la mayor riqueza de la remolacha del Duero daría lugar, además de a una mayor remuneración al agricultor, a una ampliación del cultivo y a una expansión de los negocios azucareros en detrimento de otras zonas. Era, por tanto, un factor fundamental en el devenir del cultivo en Castilla, a pesar de que esta forma de pago modificaría los precios, lo que introducía un elemento de inseguridad, que contrastaba con el convencimiento general de que se elevarían.

Pero el nuevo sistema implicaba la alteración de las formas de recepción y la necesidad de proveerse de unos equipos muy caros, que no todas las fábricas podrían acometer; suponía tener que valorar el contenido en azúcar de todas y cada una de las partidas de remolacha entregadas, lo que significaba que si en el Duero había más de 70.000 remolacheros, que realizaban un promedio de 10 entregas por campaña,

eran necesarios al menos 700.000 análisis. Por otro lado, había que montar los equipos, promover la desaparición progresiva de todas las básculas de campo y consolidar las entregas en la propia fábrica. Esta readaptación desbordaba con creces las previsiones del Ministerio y se hacía necesario más tiempo y preparación.

El nuevo sistema se empezó a aplicar en la campaña 1967-68 y en el Duero fue un verdadero desastre. El mantenimiento de las básculas de campo suponía que no se había consumado el proceso de plena adaptación y, a lo largo de la campaña, se puso de manifiesto que tampoco se había ponderado debidamente el alcance de la medida y que se procedió con una enorme falta de previsión. El desconcierto se acentuó cuando los precios alcanzados no cubrieron las expectativas generadas, toda vez que la riqueza media exigida para el pago de las 1.345 ptas/Tm se estableció en 15,85%, cifra que en muchos casos no se alcanzó, según los agricultores porque las simientes entregadas por las fábricas no eran de calidad óptima. El descontento y las anomalías en la recepción llevaron incluso a los representantes de los remolacheros a pedir formalmente, y después de años de reivindicación, el cese del pago por riqueza en la presente campaña y la vuelta al sistema anterior, y todo ello ante

“el confusionismo y malestar en la mayoría de las zonas productoras de esta raíz, donde, según se asegura, el campo no está preparado para la práctica de esta modalidad de recepción y venta de la raíz”⁵⁸.

Petición a la que accedió el Ministerio de Agricultura por el notable desconcierto reinante y por las exigencias de los cultivadores. Indudablemente, junto a la improvisación, el descontento de los remolacheros obedecía a una retribución que no compensaba el considerable incremento que habían experimentado los costos de producción. Los ánimos estaban

⁵⁸ KELLEX, C.: “Los cultivadores remolacheros solicitan el cese de la venta del producto por su riqueza azucarera”, *El Norte de Castilla*, 11 de noviembre de 1967, pág. 11.

encendidos y contribuyeron a la anarquía que caracterizó aquella campaña. En la Asamblea Remolachera de la cuenca del Duero de abril de 1967 se propuso no arrancar la raíz si las condiciones relativas al precio no se modificaban (y con el pago por riqueza no lo hicieron); una reivindicación posteriormente ratificada por la Asamblea General del Grupo Remolachero-Cañero, que incluso llegó a anunciar al poder público que para la campaña 1968-69 "se abandonará de una forma unánime y total el cultivo de la remolacha, de no atender sus justas peticiones"⁵⁹.

Pero la idea de abandonar el sistema de pago por riqueza no estaba en la mente de nadie; era una reivindicación antigua y una condición indispensable para la modernización integral del cultivo. De ahí que en las normas reguladoras de la campaña 1968-69 se incidiera de nuevo en la generalización definitiva del pago por riqueza en las zonas del Duero⁶⁰. Y es que lo fundamental de las reivindicaciones, desde el punto de vista del remolachero y del industrial, quedó satisfecho con las mejoras del precio final de la raíz. En efecto, aunque el precio base no se alteró, como pretendían los agricultores en contra de la Administración, se obtuvieron compensaciones. Por una parte, el precio se fijó en 1.400 ptas para una raíz con riqueza sacarimétrica de 16.º, lo que suponía, implícitamente, una compensación de riqueza de 40 ptas/Tm; además, con el fin de adecuar y racionalizar las recepciones, se estimulaba la entrega en fábrica directamente mediante una compensación diferencial por portes (de 80 y 40 ptas/Tm según se entregara en fábrica o en bús-cula de campo). En conjunto, el precio en fábrica se había incrementado en 120 ptas/Tm, ascendiendo a 1.465 ptas/Tm,

⁵⁹ EL NORTE DE CASTILLA: "Acuerdos de la Asamblea General del Grupo Nacional Remolachero-Cañero", 3 de diciembre de 1967, pág. 9.

⁶⁰ En este sentido hay que señalar que, con propiedad, no se implantó en todas las fábricas del Duero, ya que en la fábrica de Burgos el pago por riqueza se realizó de una manera estimativa a través del procedimiento denominado "saquímetro" que ponderaba la riqueza media de la remolacha entregada en función del producto final una vez eliminados las pérdidas de producción. No obstante, la escasa entidad de esta fábrica hace que apenas se tenga en cuenta a nivel regional.

que, aunque lejos de las 1.535 ptas/Tm reivindicadas, compensaba temporalmente el incremento de los costos de producción. Ello, unido a la novedad de que el 25% de las semillas pudieran ser distribuidas al margen de las fábricas, con la posibilidad de importar simientes mejoradas, hacía muy satisfactorias las condiciones para afrontar el cultivo en el Duero.

Estos aspectos redundaron en la bonanza de la campaña 1968-69. Los progresos en el laboreo, abonado y tratamiento del cultivo habían propiciado el aumento de los rendimientos medios, ya cifrados entre las 35 y 40 Tm/ha, si bien con casos que superaban ampliamente estas cifras. A su vez, la conjunción de intereses entre fabricantes y cultivadores había determinado que las semillas entregadas fueran de notable calidad y la riqueza sacárica elevada. El cultivador veía desde este momento rentable el cultivo y tan sólo le preocupaba el progreso creciente de la remolacha en los secanos andaluces, donde no tenía costos de riego y se daba en grandes fincas mucho más fáciles de mecanizar.

Al margen la revalorización del Duero en el ámbito nacional, el nuevo sistema supuso la eliminación definitiva de las básculas de campo, y a lo sumo, como ocurrió en 1972, se instaló por parte de Ebro, SGA y CIA, —con la ayuda financiera de la Administración— el Centro de Contratación, Recepción y Análisis de Remolacha Azucarera (CORAN) de Arévalo; uno de los centros de estas características más modernos que tenía como objetivos agilizar y concentrar las entregas de las casi 300.000 toneladas que se producían en las campiñas meridionales del Duero. Otro centro similar, aunque de menor envergadura, se construyó años más tarde, después del cierre definitivo de la fábrica de Burgos, en Estépar, que perteneciente al Grupo Ebro, centralizaba la recepción de raíz de los municipios de regadío del valle del Arlanzón, para su posterior traslado a la fábrica de Venta de Baños. La recepción de remolacha, que en la campaña 1967-68 se había realizado a partir de más de 250 puntos, un quinquenio más tarde se concentra tan sólo en 14, todos ellos dotados de equipos cada vez más sofisticados de análisis y de descarga mecanizada para

agilizar las entregas. Éstas dejaron de utilizar el ferrocarril, que quedó eclipsado como medio de transporte básico, siendo sustituido por el transporte por carretera, bien realizado por el propio agricultor (que cada vez se dota de remolques de mayor tonelaje) o, sobre todo, mediante camiones. La acumulación de vehículos a las puertas de las fábricas, debiendo permanecer incluso varios días, a pesar de los cupos, hasta poder realizar su entrega, será desde entonces uno de los rasgos más característicos de las campañas de recepción.

El remolachero ya no se podía preocupar exclusivamente de la producción de toneladas, sino de su calidad. De ahí que el nuevo sistema suponía un verdadero hito, tanto en las relaciones con las fábricas, como sobre todo en la forma de entender el cultivo; era un aspecto novedoso, que de nuevo viene a singularizar la figura del remolachero como el agricultor más preocupado por las técnicas agronómicas. En efecto, se ve obligado a tomar la iniciativa, a valorar y asesorarse sobre el tipo de semilla más adecuada, sobre las labores más correctas, el abono más racional, los aperos convenientes, etc. Se producía por ello una clara convergencia con la necesidad de racionalizar los costos de producción a través de la mecanización. En definitiva, al frisar la década de los setenta existía una clara mentalidad de que el cultivo de la remolacha, mucho más que el del cereal, requería una preparación y unas técnicas completamente distintas y modernas, de modo que el remolachero era el agricultor pionero en cuanto a innovaciones en el Duero, aspecto que tampoco podemos disociar de los recelos que surgen ante la mayor competitividad de la remolacha del Sur.

5.º El surgimiento de la zona Sur y los recelos en el Duero

Los avances en superficie, rendimientos y producción de remolacha en el Duero no fueron suficientes para hacer frente a las crecientes necesidades de consumo del país, que también en esta década alcanzaron cotas desconocidas. El autoabastecimiento nacional, objetivo último de la política azucarera

durante los sesenta, no se pudo conseguir hasta que entró en producción, con un marcado carácter estratégico y en condiciones completamente novedosas, la zona de Andalucía Occidental, con remolacha de siembra otoñal y cultivada en secano, lo que reducía considerablemente los costos de producción respecto a los regadíos del Duero. A ello sumaba la favorable estructura de las explotaciones: el 85% de la remolacha de Andalucía —especialmente en la Occidental— se obtenía en explotaciones de más de 400 Tm, (un 60% menos en el Duero). La mayor dimensión de las explotaciones del Sur permitía una mejor mecanización, pues mientras en el Duero, a comienzos de los setenta, más del 20% de la remolacha se producía en explotaciones sin mecanizar, en el Sur la cifra se reducía al 5,5%⁶¹. Asimismo, la estructura de los establecimientos industriales presentaba agudos contrastes: frente a las fábricas antiguas y de dimensiones relativamente reducidas castellano-leonesas, en Andalucía primaban las de nueva planta, modernas y mejor dimensionadas.

No eran, pues, infundados los crecientes temores del Duero ante la competencia en condiciones ventajosas de las producciones del Sur de España, sobre todo a partir de la campaña 1967-68, en la que la asignación de cuotas de producción nacional fue favoreciendo progresivamente a los secanos béticos. Así, si en dicha campaña Andalucía Occidental disponía del 11% del total (550.000 Tm) frente al 48,5% del Duero (2.410.000 mil Tm), en la siguiente (1968-69), recibió un cupo del 18% frente al 45,6; lo que significó un estancamiento —si bien con retroceso en la región leonesa y progreso en la castellana— mientras que en Andalucía Occidental se duplicó (pasando a un millón de Tm). Pero su importancia progresiva no se detuvo, y en la campaña 1972-73, la zona Sur (que engloba además Andalucía Oriental y Extremadura) se volvió a duplicar, con una asignación de cuota de 2,29 millones de Tm, el 38%, en tanto que la región castellano-leonesa, con 2,49 millones, bajaba al 43% del total.

⁶¹ Cf. SANCHEZ GARCIA, A.: "La remolacha en el Duero", *Agricultura. Revista agropecuaria*, Año XLII, núm. 496, agosto de 1973, págs. 475-485.

El crecimiento en importancia de la zona Sur fue realmente espectacular en estos años; merced a sus producciones se pasa de una situación nacional deficitaria a otra excedentaria: de la necesidad de recurrir a las importaciones, a tener que plantear seriamente la salida a los mercados internacionales. En el lustro que va desde la campaña 1967-68 a la de 1972-73, las condiciones variaron sustancialmente. El Duero perdió peso en términos relativos y se estancó, prácticamente, en términos absolutos, pues tan sólo consiguió 80.000 Tm más de cupo. En este lapso la expansión del cultivo remolachero en el conjunto nacional corrió a cargo de la zona Sur y se reavivaron los temores, viejos ya, al carácter itinerante de las fábricas azucareras y, con ellas, del cultivo.

Sin embargo, la realidad mostraba que la tendencia empresarial había consolidado sus emplazamientos en el Duero; de esta consolidación y de los impulsos surgidos de nuevas y dinámicas experiencias en la transformación industrial de la raíz, se había derivado un paralelo incremento de las siembras y producciones de remolacha.

4. AMPLIACION DE LA CAPACIDAD DE MOLTURACION Y REAJUSTE EMPRESARIAL DURANTE LOS AÑOS SESENTA

Durante los sesenta se consolida y fortalece la estructura industrial-azucarera del Duero, dando asiento al mayor número de establecimientos industriales del país, en clara consonancia con el desarrollo del cultivo. Pero la ampliación y creación de fábricas, que apenas se han modificado hasta nuestros días, se realizó a la par de un reajuste empresarial sin precedentes, que acentuó la concentración de los negocios en manos de las tres sociedades más importantes del sector. Sin embargo, al final del período se puso en marcha un proyecto empresarial novedoso y largamente esperado en el Duero: la fábrica cooperativa.